



MIGUEL MARTORELL LINARES

DUELO A MUERTE EN SEVILLA

UNA HISTORIA EN LA ESPAÑA
DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

COMARES HISTORIA

MIGUEL MARTORELL LINARES

DUELO A MUERTE EN SEVILLA

UNA HISTORIA EN LA ESPAÑA
DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

GRANADA, 2025

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Imagen de cubierta: Fotograma del cortometraje mudo
Un duelo a pistola en el Bosque de Chapultepec (Gabriel Veyre, México, 1896)

Maquetación: Miriam L. Puerta

© Miguel Martorell Linares

© Editorial Comares, 2025

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-888-5 • Depósito Legal: Gr. 649/2025

Impresión y encuadernación: COMARES

*A Emilio,
que se lo ha ganado
a pulso...*

«Brunetti se preguntó entonces si no sería ese el triste sino del historiador: no saber nunca lo que es cierto, sino solo lo que parece lógico».

Donna Leon: *Piedras ensangrentadas*, Seix Barral, Barcelona, 2005, 78.

«En algunos estudios biográficos se ha demostrado que en un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado período histórico»

Carlo Ginzburg: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2017, 25.

«Hablamos de un tiempo alejado: un pasado extraño y distante que, en principio, no nos concierne. Por eso, hemos de recuperar y recrear esa vida, esas vidas, lo que tienen de concreto y lo que tienen de general, de manera eficaz, con sentido y con un relato convincente [...] El historiador no inventa, pero ha de mostrar y sugerir a partir de los rastros que quedan; ha de presentar un mundo desaparecido, ya inerte, del que sobreviven pocos restos».

Justo Serna y Anacleto Pons: *Los triunfos del burgués. Estampas valencianas del ochocientos*, Valencia, Tirant Humanidades, 2012, 9-12.

SUMARIO

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	XIII
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	XVII
PREFACIO. «EL NOMBRE QUE INMERICIDAMENTE LLEVO...»	XXIII

I LOS PICKMAN

1.—LA CARTUJA DE SEVILLA	3
JOSIAH WEDGWOOD	3
RECUERDOS DE UN ANCIANO	4
UN CAPITÁN DE INDUSTRIA.....	8
LA CARTUJA Y LOS CARTUJANOS	12
2.—ENNOBLECIMIENTO	17
PRIMER MARQUÉS DE PICKMAN.....	17
LA BASTARDA	19
EL PANTEÓN FAMILIAR.....	25
VIDA DE SOCIEDAD	27
LA <i>MAMABUELA</i>	29

II AUGE Y CAÍDA DE RAFAEL DE LEÓN Y PRIMO DE RIVERA

3.—LOS JÓVENES MARQUESES DE PICKMAN.....	35
DE LEÓN Y PRIMO DE RIVERA	35
POLÍTICAS MATRIMONIALES.....	38
LA BODA	39
BELLA, ELEGANTE, DISTINGUIDA	41
EXTROVERTIDO, PRÓDIGO, EXCESIVO	45
VER Y SER VISTO	49
UN HONORABLE CABALLERO	52

4.—DE POLÍTICA Y HONOR	59
POLÍTICA Y PROMOCIÓN	59
PLEITOS DE HONOR EN EL PARLAMENTO	64
IGLESIA, HONOR, DUELOS	69
5.—UN EMPRESARIO DILETANTE	73
AL MARGEN DE LA EMPRESA FAMILIAR	73
LUCHA DE CLASES EN LA CARTUJA	76
LA COCHERA SEVILLANA	81
UN MARQUÉS TRONADO Y HOMICIDA	84
6.—EL HÉROE DE <i>EL JARDINITO</i>	89
EL CAPITÁN DE LA BENEMÉRITA	89
CRIMEN EN <i>EL JARDINITO</i>	92
BANQUEROS Y USUREROS CORDOBESES	94
7.—RUMORES Y BOFETADAS	97
«UNA TREMENDA BOFETADA»	97
CARTAS, ANÓNIMOS, RUMORES	100
DE CÓMO LA REALIDAD IMITA A LA FICCIÓN Y LA FICCIÓN RECREA LA REALIDAD	103
HONOR MASCULINO, HONOR FEMENINO	105
UNA LEY QUE NO DEJA PUERTA DE ESCAPE	108
8.—LA PERFECTA MÁQUINA HOMICIDA	115
PADRINOS Y NEGOCIACIONES	115
BATIRSE EN EUROPA	119
UN LANCE ATÍPICO EN ESPAÑA	123
9.—Y ENFRENTA, EL EJÉRCITO	131
«EL CULTO AL HONOR ES UNA RELIGIÓN»	131
EL UNIFORME	135
DIGNIDAD ULTRAJADA	141
AGUSTÍN LUQUE Y COCA, CAPITÁN GENERAL DE ANDALUCÍA	145
10.—EL DUELO	149
«HABÍA UNA GRANDÍSIMA EXPECTACIÓN»	149
EN CAPILLA	151
LA HACIENDA DEL ROSARIO	154
PREPARATIVOS	158
MUERTE DEL MARQUÉS DE PICKMAN	163

III POST-MORTEM

11.—LUTO	169
A LA LUZ DE LOS CARRUAJES	169
«ESTUPOR, PROTESTA Y DUELO»	171
VELATORIO	174
«LA MÁS CRUEL DE TODAS LAS COACCIONES»	177
«UNA ESPECIE DE CORRALADA INDECENTE»	181

12.—SPÍNOLA	187
MARCELO SPÍNOLA EN LA GUERRA CONTRA EL SIGLO	187
«SIN DOBLAR JAMÁS LA RODILLA ANTE LOS ÍDOLOS»	192
13.—DESVENTURAS DE UN CADÁVER	197
CORTEJO FÚNEBRE	197
«¡ADENTRO, ADENTRO!»	201
LOS SALTATUMBAS	206
14.—CODA: EN EL NOMBRE DE PICKMAN	213
ECOS PARLAMENTARIOS	213
RUEDAN CABEZAS	215
EL FISCAL QUE AMABA A LOS PÁJAROS	217
«EL PODER CIVIL ES ILUSIÓN, PALABRA HUECA, HUMO SIN FUEGO»	220
OMERTÁ	223
FUESE, Y NO HUBO NADA	225
15.—EPÍLOGO	229
BIBLIOGRAFÍA	235

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Los últimos días de vida de Rafael de León y Primo de Rivera, marqués de Pickman, su muerte en un duelo el 10 de octubre de 1904, y las desventuras que después sufrió su cadáver contienen «los ingredientes oportunos para una novela romántica. O, como sugería un amigo director de teatro, para un esperpento valleinclanesco. O incluso, como apuntaban otros amigos, para un guion de cine o de televisión». Escribí esto hace casi una década, en la introducción a la primera edición de *Duelo muerte en Sevilla*, y al menos una de estas tres posibilidades se ha cumplido. El 7 de diciembre de 2017 la compañía de teatro La Fundición estrenó en el teatro Lope de Vega de Sevilla *Duelo a muerte del marqués de Pickman*, una adaptación libre que llevamos a cabo entre el director Pedro Álvarez-Ossorio, la actriz y dramaturga Pepa Sarsa y yo mismo.

Dado que por estas páginas aparecen decenas de personajes y que solo disponíamos de cuatro actores, decidimos hacer una farsa en clave carnavalesca, con aires de esperpento, música y canciones. Una elección que también pretendía homenajear el aire festivo y burlón de las murgas tan queridas por el teatro independiente de los años 70 del pasado siglo. Tuvo una notable acogida. Giró durante algo más de un año por todo el país, cosechó ocho nominaciones a los premios del teatro andaluz en 2018, ganó en ese mismo año los premios del gobierno de La Rioja al mejor espectáculo y la mejor actriz (para Paz de Alarcón) y al año siguiente el Premi al Millor Espectacle Nacional, que otorga la Sala Russafa, de Valencia. Menos suerte hubo con la adaptación al cine o la televisión: aún sigo esperando que un guionista avisado perciba el potencial dramático de esta historia. Y respecto al folletín romántico, todavía algún colega despistado, interesándose por este libro, me pregunta por la novela que publiqué hace años sobre duelos...

La primera edición de *Duelo a muerte...* vio la luz en abril de 2016. Aquella primavera me lancé en tromba a la campaña promocional. En las entrevistas y presentaciones mencioné con frecuencia mi deuda con la microhistoria y, sobre todo, con Carlo Ginzburg. Una noche, tras uno de estos actos, un colega muy sagaz me dijo algo así como:

«mucho Ginzburg, mucho Ginzburg, pero en el libro no lo citas ni una sola vez». Le agradecí que se lo hubiera leído con tanto detalle... y al llegar a casa comprobé que tenía razón. Pido disculpas desde aquí al maestro, pero el lapsus revela que lo más obvio, lo que tenemos muy naturalizado, es con frecuencia lo primero que obviamos, pues lo cierto es que el espíritu de Ginzburg se puede rastrear tanto en las hechuras, como en los orígenes del *Pickman*, que es como he llamado siempre de forma coloquial a este libro.

Mediada la última década del pasado siglo, Ginzburg escribió que reducir la escala de observación al ámbito de la microhistoria «significaba transformar en un libro lo que, para otro estudioso, hubiese podido ser una simple nota a pie de página en una hipotética monografía». Algo así me ocurrió a mí, solo que en este caso no hizo falta la intervención de «otro estudioso»: fui yo mismo quien entendió que el duelo del marqués de Pickman, inicialmente destinado a ser una mera nota a pie de página en la biografía de José Sánchez Guerra que publiqué en 2011, constituía una excelente plataforma para investigar sobre la sociedad española a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Sánchez Guerra tuvo un lance sonado en 1904, y como el de Pickman ocurrió en el mismo año pensé en utilizarlo como un ejemplo más para explicar que por entonces el recurso al código del honor aún estaba muy arraigado entre las élites del liberalismo de notables¹.

Sin embargo, conforme iba dando más y más vueltas a la rocambolesca historia del marqués de Pickman, al lance que le costó la vida y al posterior trasiego con su cadáver entendí que ahí había un libro. En buena medida por otra idea de naturaleza *ginzburguiana*: que los «casos límite» contienen dentro de sí todo lo que es posible. Por extrañas o atípicas que parezcan, las historias sobre matanzas de gatos, soldados que suplantán identidades o molineros con afición a la teología exploran «las posibilidades latentes» y esa tensión hacia los bordes de la realidad nos ayuda a comprender mejor el mundo en el que transcurren. Algo similar ocurre con el devenir de este aristócrata y empresario muerto en duelo cuando ya la muerte en duelo era hartamente improbable, cuyo cadáver fue enterrado en sagrado por sus obreros contra el dictado de las autoridades civiles y religiosas, y después exhumado por la Iglesia con apoyo de la guardia civil. Para que estas tramas bizarras, extravagantes, revelen algo útil sobre la complejidad de su época es preciso «un continuo ir y venir entre micro y macrohistoria», de nuevo Ginzburg *dixit*, algo que tuve presente en todo momento al escribir este libro².

Cuando se publicó la primera edición de *Duelo a muerte... yo estaba trabajando ya en otro proyecto ambientado en un tiempo y un espacio mucho más brutales y salvajes: la Europa del Tercer Reich. No quiere eso decir que abandonara del todo las líneas abiertas por el *Pickman*. Algo he publicado en este tiempo sobre los conflictos en torno*

¹ Carlo GINZBURG: «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella», *Manuscripts*, n.º 12, Gener 1994, 29.

² «Casos límite», en Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2017, 25. «continuo ir y venir», en Carlo GINZBURG: «Microhistoria...», 34.

a la muerte en la España del novecientos, los diferentes marcos legales que perseguían o amparaban a los duelistas o el código del honor como canon de masculinidad para las élites. Alguna cosa más está aún en marcha: el espectro de temas que abarca esta historia es tan amplio que tengo hilos de los que tirar durante años.

Para esta edición he corregido erratas e incorporado un número limitado de referencias sobre publicaciones aparecidas a lo largo de esta década. Hay algún tema que he desarrollado ligeramente porque me parecía que cabía darle más juego. Pero quiero dejar claro, no obstante, que esto no es una reescritura, sino una revisión con leves retoques. En sus trazas generales, es el mismo texto que se publicó en 2016. Tuvo un éxito sorprendente: todos los ejemplares se agotaron en pocos meses. La editorial no se animó a sacar una segunda edición y desde entonces ha sido un libro fantasma. No quiero acabar estas páginas sin agradecer de todo corazón la generosidad de Miguel Ángel del Arco Blanco y de la editorial Comares por brindarle al marqués de Pickman una segunda oportunidad para salir a recorrer el mundo.

Madrid, 14 de diciembre de 2024

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

No hay nada más terrible para el autor de un libro que el momento de ponerse con la introducción. Al menos a mí siempre me lo ha parecido. Es probable que algún lector piense que, como ocupa las páginas iniciales, es lo primero que se escribe. Pero lo normal es que su turno llegue al final —aunque cada uno se organiza como quiere y puede—, cuando se supone que tienes una idea clara, cabal, del texto que has escrito, puedes reflexionar sobre él y pertrechar unos párrafos brillantes que lo hagan más atractivo a los lectores. La realidad, sin embargo, es que a esas alturas probablemente vengas de terminar un maratón de escritura rápida a fin de entregar el manuscrito a tiempo, tengas el cerebro como una uva pasa y no sepas exactamente con qué llenar esos malditos párrafos. Llegado este momento, mi relación con el libro es la misma que cantaba el maestro Serrat: «no hago otra cosa que pensar en ti, y no se me ocurre nada».

Una manera de superar el bache es explicar cuándo uno comprendió que la historia que al final acabaría contando escondía un libro. Yo tropecé por primera vez con el marqués de Pickman hace ya muchos años, al escribir sobre uno de sus contemporáneos, el político español José Sánchez Guerra. Al igual que el marqués, Sánchez Guerra fue un contumaz duelista y pensé que en su biografía podía ilustrar el mundo de los lances de honor dedicando unos párrafos al duelo que en 1904 le costaría la vida a Pickman. Como los libros suelen cobrar vida propia, aquellas páginas se caerían al final del *Sánchez Guerra*, pero tiempo después le hablé sobre el marqués a mi amiga Mercedes Gutiérrez, en uno de los muchos días que pasamos encerrados en un caserón de la calle Alcalá. Y creo que fue en aquel momento, al relatar las desventuras de Pickman a otra persona, cuando empecé a intuir que ahí había un libro.

¿Por qué lo pensé? ¿Qué me atrajo de aquella historia «difusa, lejana, erizada de improbabilidades»? De entrada, esto último, lo improbable, el carácter extraño, estrambótico de las peripecias que corrieron el marqués de Pickman y su cadáver. Rafael de León y Primo de Rivera casó en 1900 con María de las Cuevas Pickman y Gutiérrez, marquesa de Pickman y copropietaria de la fábrica de loza La Cartuja de Sevilla. Rafael,

hombre manirroto y algo tarambana, se arruinó varias veces y salió adelante gracias a los préstamos que le ofreció su amigo, el capitán de la guardia civil Vicente Paredes, quien parece que en un momento dado rondó a la marquesa. Al enterarse de sus pretensiones, Pickman abofeteó al capitán en público. Hubo duelo, a pistola, en condiciones extremas, a las afueras de Sevilla. Murió el marqués de un tiro en el corazón y la Iglesia, respaldada por el Estado, prohibió que su cadáver se inhumara en el Cementerio de San Fernando. El día del entierro, los obreros de La Cartuja se amotinaron y enterraron el cadáver a la fuerza en el panteón familiar. Y aquella misma madrugada, con nocturnidad y alevosía, una cuadrilla de policías municipales desenterró su cadáver y lo llevó al cementerio civil¹.

Es una historia excéntrica, rara, que parece extraída de un relato fantástico o del fruto de una mente febril. Sin embargo, es absolutamente real en todos y cada uno de sus extremos. Más allá de uniformes y fábricas tiene resonancias de cuento arcaico, oriundo de un pasado remoto. Pero ocurrió hace poco más de cien años, cuando el mundo caminaba hacia la primera de las grandes guerras del siglo xx. Sin duda, contiene los ingredientes oportunos para una novela romántica. O, como sugería un amigo director de teatro, para un esperpento valleinclinés. O incluso, como apuntaban otros amigos, para un guion de cine o de televisión.

Sin embargo, yo no soy novelista, dramaturgo, ni guionista. Soy historiador y cuando contaba una y otra vez a mis colegas de oficio qué le aconteció al marqués nos surgían preguntas y más preguntas sobre la trama en sí y sobre el tiempo en qué ocurrió: ¿Por qué dos hombres se jugaron la vida pistola en mano? ¿Eran los duelos una práctica común en 1900? Y si lo eran, ¿quiénes integraban la comunidad de duelistas? ¿Podía la Iglesia en aquellos años prohibir el sepelio de un cristiano en el cementerio? ¿Qué autoridad tenía el clero sobre las prácticas funerarias? ¿Qué se podía aprender de todo esto acerca de las relaciones entre la Iglesia, el Estado y la sociedad? ¿Era habitual que el ejército impusiera su voluntad al gobierno e impidiera, como prescribía la ley, que la justicia condenara al oficial que mató en un lance al marqués de Pickman? Y si así fuera ¿Podía extraerse de aquí alguna enseñanza sobre las relaciones entre los poderes civil y militar? Poco a poco fueron perfilándose los ejes centrales en torno a los que se debía construir el libro: la cultura del honor en 1900 y las relaciones del poder civil tanto con la Iglesia como con el ejército.

Pero ya he dicho antes que los libros tienen vida propia y a cada paso surgían nuevas preguntas, nuevas tramas, nuevos personajes imprevistos. De entrada, había que trazar la biografía del marqués de Pickman, aristócrata, político y empresario. Al investigar de dónde venía su fortuna me fui enredando en la historia de la familia Pickman y quise conocer cómo nació una de las industrias españolas más feraces del siglo xix: La Cartuja

¹ «Difusa, lejana», Rodolfo Walsh, *Operación masacre*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2007, 19.

de Sevilla. Quise, también, descifrar qué significaba ser aristócrata en 1900. Poco a poco, María de las Cuevas Pickman, hija bastarda después reconocida, marquesa, mujer pretendida, adquirió más protagonismo. Había que conocer también al rival, el capitán Vicente Paredes, y su vida me llevó a indagar sobre crímenes brutales en la España rural o sobre la mentalidad de los oficiales del ejército.

Para averiguar si desafíos como el que aquí se cuenta fueron habituales empecé a investigar sobre la cultura del honor y las prácticas del duelo en el mundo occidental durante los últimos años del siglo XIX, así como sobre sus vínculos con el canon de masculinidad dirigido a los varones de la élite liberal. También quise entender, y explicar, cómo percibían el mundo los duelistas y de pronto fue cobrando vida aquella comunidad internacional de elegantes caballeros a la que pertenecía el marqués de Pickman, y que a finales del siglo XIX se extendía desde los Urales a los Andes abarcando casi toda Europa y América².

En un momento dado entendí que el libro quedaría cojo si no explicaba qué movió a los obreros de La Cartuja de Sevilla a enterrar contra viento y marea el cadáver del marqués en su panteón y por ello tuve que intentar comprender qué pensaban sobre su trabajo, cuáles eran sus relaciones con la fábrica y con sus dueños... y acabé escribiendo sobre una huelga general en Sevilla. De a poco ganaron terreno otros personajes: el capitán general de Andalucía, Agustín Luque, quien impuso un duelo mortal; Monseñor Spínola, el arzobispo que prohibió el entierro de Pickman en sagrado; Joan Maluquer, el fiscal que decidió contra viento y marea juzgar al capitán Paredes por asesinato... Y lo que comenzó como una investigación sobre un duelo, con dos, quizás tres, personajes centrales, se convirtió sin pretenderlo en un libro coral, articulado en más de medio centenar de capítulos cortos. Un libro cuyo eje gira en torno a la vida y la muerte de Rafael de León, aunque con frecuencia el marqués ceda la escena a otros actores.

Uno de los retos que surgieron en esta investigación fue la escasez de fuentes sobre el protagonista. De su propia mano solo he podido encontrar dos cartas: una en el Archivo de La Cartuja de Sevilla, depositado en el Archivo Provincial de Sevilla, y otra en el Archivo General de Palacio. Hay varios documentos notariales en la sección de protocolos de este último archivo. Luego están sus discursos parlamentarios y sus intervenciones en los plenos del Ayuntamiento de Sevilla, pues fue concejal y diputado. Consta, también, alguna confidencia echa a un amigo o a periodistas que recogió la prensa. Y poco más. Magro material para un libro que pretende ahondar en las razones que impulsaron a un hombre a batirse a muerte.

La ausencia de fuentes directas me ha obligado a trabajar sobre fuentes indirectas, como, por ejemplo, los testimonios de otros duelistas. O la literatura de la época: precisamente porque los duelos eran frecuentes en el siglo XIX, muchos escritores intentaron

² La idea de la comunidad internacional de elegantes caballeros, en Sandra GAYOL: *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, 155.

reconstruir qué pasaba por la cabeza de un hombre en el momento de jugarse la vida en el campo del honor. También están los testimonios que dejaron sobre Rafael sus contemporáneos en libros de memorias o en periódicos. Estos últimos fueron ricos, abundantes, diversos, con frecuencia contradictorios, pues en vida el marqués fue un hombre famoso y su muerte desató vivas polémicas y conmocionó al país entero.

Con todo este material me he embarcado en algo parecido a un juego que antes era habitual en la sección de pasatiempos de muchos diarios: aquél que consistía en rellenar con líneas el espacio que une varios puntos hasta desvelar la figura que allí yacía escondida. En última instancia, eso es lo que hacemos siempre los historiadores, solo que unas veces son más los puntos de partida y otras menos. Como aquí eran pocos, espero que a nadie le extrañe que en estas páginas escaseen las afirmaciones rotundas; que estén plagadas de formas condicionales y adversativas: de quizás y de acaso; de pero, no obstante y sin embargo; de múltiples conjugaciones del verbo poder en su sentido de lo que es, o no, posible; que a veces ofrezca a los lectores más de una, más de dos posibles respuestas a una misma pregunta.

En mi profesión no abundan las certezas, pero nunca he tenido tan claro como al escribir este texto que lo máximo que podemos hacer los historiadores es acercarnos no ya a lo que ocurrió, sino a lo que parece más razonable, más posible que ocurriera. Pese a todo, después de hacer el máximo esfuerzo en esta aproximación a lo probable, siempre me quedará la duda de si los personajes que pueblan el libro se reconocerían a sí mismos si pudieran leer lo que escribo sobre ellos.

* * *

Duelo a muerte en Sevilla le debe mucho al apoyo, a la generosidad de Jorge M. Reverte. A él le enseñé el primer proyecto resumido en unos párrafos y estaba dispuesto a publicarlo en una aventura editorial que por entonces dirigía y que la crisis se llevó por delante. Pero Jorge es tozudo y se empeñó contra viento y marea en que el libro viera la luz. Me puso primero en contacto con Mercedes de Pablos y la Fundación Centro de Estudios Andaluces. A Mercedes le fascinó la historia, que es la historia de Sevilla en 1900, y respaldó sin ambages esta aventura. Jorge también fue el enlace con Eduardo Riestra, director de Ediciones del Viento, que acogió la idea con entusiasmo. Si este libro está hoy en la calle es gracias a todos ellos.

Jorge M. Reverte figura entre mis *sparrings* habituales: los sufridos amigos a los que torturo con hojas y hojas de borradores y capítulos provisionales, a los que me aferro cuando tengo dudas, y asalto en los momentos más insospechados. Unos santos. Este libro, entero o trozos, se lo han ido leyendo en diversos momentos Jorge, Mercedes Cabrera —que siempre está ahí—, Mercedes Gutiérrez, Javier Moreno y Emilio Alonso, quien tiene la virtud de bajarme a tierra cuando trepo muy arriba por la torre de marfil y la altura me empuja a escribir cosas ilegibles en una jerga extraña.

A veces, es una charla reposada la te ayuda a ver las cosas más claras. Como las numerosas que he ido manteniendo a lo largo de estos años con Carlos Arenas y Eloísa

Baena sobre La Cartuja, o sobre la vida en la Sevilla del 900. O con Pedro Álvarez Ossorio, mi anfitrión cada vez que me ha tocado patear los archivos sevillanos. Después de una larga conversación en Salobreña con mi hermana Alicia decidí reescribir casi un tercio del libro... Aunque suene a tópico, es verdad que el texto se ha enriquecido gracias los consejos que me han brindado todos ellos, que han visto cosas que yo era incapaz de ver o me han reafirmado otras que ya intuía. Por supuesto, si algo ha salido mal la culpa es solo mía porque soy muy cabezota y no siempre les hago caso.

Las aventuras del marqués de Pickman me han obligado a escribir sobre temas que no dominaba y para ello he contado con el apoyo de muchos colegas generosos. Pilar Muñoz me brindó su experiencia en la historia de la familia y de las mujeres en siglo XIX; José Miguel Hernández Barral y Julio de la Cueva las suyas en los ámbitos de la aristocracia y la Iglesia. Geoffrey Jensen me ha resuelto dudas sobre el ejército. Alfonso Lombana ha sido mi introductor en la literatura austrohúngara y aunque pueda sonar exótico esto me ha permitido descubrir todo un universo de códigos y referencias comunes en la aristocracia europea. Gracias a José Ramón Galán he podido navegar por el proceloso mundo de las pistolas de avancarga: las armas de un solo disparo y carga por el cañón que utilizaban los duelistas. Si me he olvidado de alguien, que me perdone. Y que me exija unas cañas.

También quiero agradecer su colaboración a los archiveros que me han ido ayudando en este tiempo. María Luisa Conde Villaverde, jefa del Área de Gestión de la Información de la Unidad de Apoyo al Fiscal General del Estado no solo ha puesto a mi disposición las memorias de la fiscalía, sino que me ha ofrecido numerosas sugerencias acerca de dónde podía recabar información sobre el infortunado marqués. Además, agradezco su apoyo al personal del Archivo Provincial de Sevilla, del Archivo Municipal de Sevilla, del Archivo General del Arzobispado de Sevilla, del Archivo de la Dirección General de la Guardia Civil, del Archivo Histórico Nacional y del Archivo de la Real Academia de la Historia.

Madrid, 29 de febrero de 2016



PREFACIO

«EL NOMBRE QUE INMEREcidAMENTE LLEVO...»

Todo parecía indicar que aquella iba a ser una tarde aburrida, sosa. Corría el 16 de octubre de 1901 y el cronista parlamentario de *La Época* solo contó dos diputados en el hemiciclo cuando a las tres y media el presidente abrió la sesión, primera del Congreso tras un largo periodo estival. Nadie asomaba por la tribuna del público, ni había un solo ministro en el banco azul. El recinto se animó un poco una hora después, cuando entraron los ministros de la Gobernación, de Estado y de la Guerra, seguidos de una cohorte de señorías que hasta el momento pululaban por los pasillos, al tiempo que se iba llenando la tribuna de la prensa. Pese a todo, el día presagiaba poco movimiento: no se discutía ningún proyecto de campanillas, ni azoraba la actualidad política nada candente. Y la tarde transcurría en un tono mortecino y lánguido: «La voz de los oradores —escribió después un periodista— resonaba desmayadamente en el salón, y ni por un momento se han llenado los escaños»¹.

Entre los diputados presentes aquella tarde figuraba Rafael de León y Primo de Rivera, marqués de Pickman. Era un hombretón alto y robusto, quizá incluso algo grueso, aunque su gran tamaño no empecía una «elegante figura». Demasiado castizo para ser un dandi, sí alcanzaba la condición de sibarita. Lucía un enorme «bigote a lo káiser», de moda entonces porque realzaba la condición viril, hasta el punto de que un contemporáneo, exagerando un poco, afirmó que amén de los toreros solo eran lampiños «los sacristanes, los sacerdotes y los afeminados». Rafael de León era diputado del Partido Liberal y aunque electo desde mayo por la ciudad de Sevilla aún no había abierto la boca en el hemiciclo. Mas estaba de Dios que aquella tarde se estrenara, pues el único asunto político relevante tenía su origen en La Cartuja de Sevilla y él era marqués consorte de Pickman, esposo de la titular del marquesado María de las Cue-

¹ El ambiente de la Cámara, en *La Época* y *La Correspondencia de España*, 16 de octubre de 1901.

vas Pickman y Gutiérrez, nieta del fundador de la fábrica de cerámica y propietaria de una sexta parte de esta desde hacía dos años. Y la dirección de la cartuja, dispuesta a evitar por cualquier medio que sus obreros se organizaran en sindicatos, había cerrado días atrás la fábrica. En solidaridad con los cartujanos, los trabajadores de toda Sevilla convocaron una huelga general y el gobierno liberal de Sagasta, presto a descabezar la revuelta, había declarado el estado de guerra en la ciudad y suspendido las garantías constitucionales².

No es de extrañar, pues, que los pocos diputados asistentes al pleno acribillaran al marqués con preguntas en los pasillos. Ni que, al anunciar el conservador Francisco Romero Robledo que interpelaría al gobierno por los sucesos de Sevilla, todos esperasen alguna explicación. Así, a Rafael le llegó la hora de lanzarse al ruedo, de hablar para el país, de lucir sus cualidades oratorias. La ocasión de mostrar su valía; el día esperado por cualquier diputado novel presto a cimentar su carrera política. Comenzó el debate sobre Sevilla, preguntó la oposición, replicó el gobierno... y el marqués de Pickman permanecía mudo en su escaño. Nada indicó la prensa, aunque es fácil imaginar a los presentes mirándole de reojo y preguntándose por qué no pedía la palabra quien más podía saber sobre el conflicto.

¿Qué estaba pasando por su cabeza? Quizás tamañas expectativas habían espoleado su ansiedad y atacado sus nervios. Quizás tampoco pudiera arrojar mucha luz sobre el asunto, pues lo cierto es que ni participaba en la dirección de la fábrica, ni guardaba una estrecha relación con su familia política: de hecho, no sabía exactamente qué sucedía en Sevilla, ni tenía claro cómo salir airoso del embrollo. Pero la presión para que hablase arreciaba, así que consiguió armarse de valor y «en medio de la curiosidad general» levantó la mano para pedir turno. «Ya nos iba extrañando que el joven y millonario marqués se hiciese el sordo en la discusión», apuntó con cierta sorna el redactor de *El País*³.

Empezó su discurso Rafael de León y con los primeros compases «desafinó lamentablemente». Tartamudeó, trastabilló y trató de explicar que por mucho que fuera marqués de Pickman no estaba al tanto del rumbo de la fábrica. «La significación que yo tengo y la propiedad en la fábrica de La Cartuja no es más que por el nombre que inmerecidamente llevo...». Al llegar a este punto, la algarabía que agitó la Cámara le impidió seguir. El diario de sesiones, generalmente aséptico, acotó que los diputados dieron «muestras de extrañeza». Más irreverente, el redactor de *El País* habló de «risas malévolas». Es

² «Elegante figura», en *El Gráfico*, 11 de octubre de 1904. Sobre la moda de los bigotes «a lo káiser», véase Melchor ALMAGRO SAN MARTÍN: *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 250. Testimonio, en Manuel RINCÓN ÁLVAREZ: *Recuerdos de la Sevilla pintoresca, de 1890 a 1910*, Sevilla, 29. Bigotes como signo de virilidad en Europa y España, en Anne Marie SOHN: “*Sois un homme!*”. *La construction de la masculinité au XIXe siècle*, Editions du Seuil, París, 2009, 28 y Jesús CRUZ VALENCIANO: *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014, 62.

³ Las citas son de *El País*, 17 de octubre de 1901.

probable que alguna fuera estruendosa o derivara en carcajada, pues sin quererlo el marqués había proclamado que no era digno de merecer su nombre, ni su título⁴.

Puede que hoy en día parezca nimia la cosa, pero en la España del novecientos aquel reniego sonó tan extraño que resultó chocante y tan ridículo que movió a la risa: un caballero, como sostenía el conde de Albrit, protagonista de la novela de Galdós *El abuelo*, debía mantener «incólume el honor de su nombre». La obra de Galdós es muy crítica con una concepción del honor que el autor considera ya trasnochada. Pero lo cierto es que este modo de entender el mundo tenía un fuerte arraigo en la sociedad de su época. En otra sesión parlamentaria de aquel octubre de 1901 un diputado, al que se suponía envuelto en asuntos algo turbios, salió en defensa de «su buen nombre, que desea conservar incólume», frase que parecía un calco de la escrita por Galdós. Y es que por entonces un nombre incólume era necesario para sostener la reputación propia, para merecer la estima de los otros. Rafael de León lo sabía. Hasta el punto de que por defender su buen nombre se batió más de una vez en duelo. Hasta el punto de que por la misma razón perdería la vida en el campo del honor⁵.

Mas en esta ocasión los nervios le jugaron una mala pasada. Azorado, intentó rectificar: aclaró que nunca renegaría de un título que estimaba como el máximo honor; que solo quiso decir que no era «hijo del ilustre marqués de Pickman, fundador de la fábrica de La Cartuja»; que empleó la palabra «inmerecidamente» solo para aclarar su «significación»; que no se había «expresado con propiedad» por su «falta de costumbre de hablar en público»... Pero el mal ya estaba hecho y los chascarrillos sobre su bautizo parlamentario le acompañarían para siempre: el 9 de octubre de 1904, un día antes de que el capitán Vicente Paredes le matara de un tiro, el diario sevillano *El Baluarte* recordó que el diputado Pickman, «la primera vez que habló, disparató, haciéndose daño a sí propio». Y repitió la famosa frase: «El nombre que inmerecidamente llevo...»⁶.

Rafael de León había tratado de explicar aquella tarde que, aunque portara un título del que no renegaba, él, en sentido estricto, no era un Pickman. Que se había incorporado por matrimonio a la familia años atrás, pero que, si a los Pickman se les conocía en el país por La Cartuja de Sevilla, su relación con la fábrica era epidérmica, superficial. Y en verdad que así era: él apenas intervenía en la gestión de la Cartuja, cuya historia había comenzado a gestarse décadas atrás cuando Charles Pickman Jones desembarcó en Cádiz en el año del señor de 1821. O incluso antes, cuando le precedió su hermanastro William Pickman Hicks. Y hasta pudiera ser que mucho antes...

⁴ Rafael de León, en *Diario de Sesiones de las Cortes, Congreso de los Diputados*, 16 de octubre de 1901, núm. 36, 818 y ss. *El País*, 17 de octubre de 1901. *El Baluarte*, 9 de octubre de 1904.

⁵ Benito PÉREZ GALDÓS: *El abuelo*, Madrid, Ediciones Rueda (ed.or.1897), 138. «Desea conservar incólume», *La Época*, 23 de octubre de 1901.

⁶ Rafael de León, en *Diario de Sesiones de las Cortes, Congreso de los Diputados*, 16 de octubre de 1901, núm. 36, 818 y ss. *El Baluarte*, 9 de octubre de 1904.

Rafael de León y Primo
de Rivera

En 1904 el capitán Vicente Paredes mató durante un duelo a pistola a Rafael de León y Primo de Rivera, marqués de Pickman, en una finca a las afueras de Sevilla. Este podría ser el fin de un episodio que comenzó a enredarse poco antes cuando recorrió por la ciudad el rumor de que el capitán, amigo del marqués, cortejaba a Maria de las Cuevas Pickman, esposa de Rafael, y una de las propietarias de La Cartuja de Sevilla.

La muerte de Rafael de León, en efecto, hubiera debido cesar esta historia. Pero como la Iglesia condenaba los lances de honor, el arzobispo de Sevilla, monseñor Spínola, prohibió que le enterraran junto a los suyos en el cementerio católico de San Fernando y le desterró al cementerio civil. Tal decisión provocó una conmoción en la ciudad. El día del sepelio, los obreros de La Cartuja, acompañados de familiares y amigos del marqués, salieron en defensa del muerto: se amotinaron y, en un tumulto que devino en manifestación anticlerical, le inhumaron a la fuerza en el panteón familiar. De madrugada, con nocturnidad y alevosía, la policía secuestró el ataúd y lo trasladó al cementerio civil.

Duelos, amoríos, cadáveres ambulantes e insepultos, noches lúgubres en un cementerio... Es un drama bizarro, esperpéntico. Parece el argumento de un folletín romántico del siglo XIX. Sin embargo, es verídico en todos sus extremos y como decía el historiador Carlo Ginzburg, pionero de la microhistoria, estas tramas extrañas, en los márgenes de lo real, permiten entender mejor los límites de lo posible.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-888-5



9 788413 698885